

LOS DOS HIJOS: EL OBEDIENTE Y EL DESOBEDIENTE

Homilía de monseñor Carmelo Juan Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia, para el 26º domingo durante el año (28 de septiembre de 2008)

Mt 21,28-31

I. La paradoja del obediente-desobediente, y viceversa

1. Durante cinco domingos seguidos, del 24º al 28º del Tiempo Ordinario, la Iglesia nos lee una parábola de Jesús, con la que nos explica un aspecto del misterio del Reino de los Cielos, que se construye desde la tierra.

La de hoy, los dos hijos: el obediente-desobediente y el desobediente-obediente, Jesús la pronuncia en el templo, ante los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo que le piden cuenta de la autoridad con que ha expulsado a los vendedores del Templo. A la pregunta de ellos, Jesús responde con otra: *"¿De dónde venía el bautismo de Juan? ¿Del cielo o de los hombres?"* (Mt 21,25). Y como, por cálculo humano, responden *"no sabemos"* (v. 27), Jesús a su vez les responde que él tampoco va a revelar su autoridad. Pero aprovecha la ocasión para desnudar la falsa obediencia a Dios de sus interlocutores, y les propone la parábola de los dos hijos, que concluye así: *"Les aseguro que los publicanos y las prostitutas llegan antes que ustedes al Reino de Dios. En efecto, Juan vino a ustedes por el camino de la justicia y no creyeron en él; en cambio, los publicanos y las prostitutas creyeron en él"* (v. 32).

2. Los dos hijos son, a todas luces, el hombre religioso y el no religioso. El hombre religioso, que desde siempre cree en Dios, termina por desobedecer su llamado a la conversión. En cambio, el hombre no religioso, apartado de Dios, termina por obedecerlo.

II. Intención eclesial de la parábola

3. Una manera falsa de leer la parábola sería considerarla como una anécdota dolorosa que le sucedió a Jesús, sin mayor relación con la realidad eclesial para la que el evangelista escribió, y tampoco para la actual. Si así fuese, no se entendería por qué nos ponemos de pie para escucharla. Ni por qué el sacerdote que preside la Misa anuncia su lectura solemnemente. Ni por qué al concluir la lectura, él dice *"Palabra de Dios"*. Y nosotros respondemos *"Te alabamos, Señor"*. Creemos firmemente que, a través de hechos dolorosos acaecidos en el pasado al Pueblo de Dios, el Señor nos amonesta en el presente. Así lo enseña el apóstol San Pablo cuando aplica a la comunidad de Corinto los hechos sucedidos a Israel durante su peregrinación por el desierto: *"No deben ignorar, hermanos, que todos nuestros padres fueron guiados por la nube... A pesar de esto, muy pocos de ellos fueron agradables a Dios, porque sus cuerpos quedaron tendidos en el desierto. Todo esto aconteció simbólicamente para ejemplo nuestro... Todo esto les sucedió simbólicamente y está escrito para que nos sirviera de lección a los que vivimos en el tiempo presente. Por eso el que se cree estar muy seguro, icuídese de no caer!"*

(1 Co 10,1.5-6.11-12). Leer los hechos narrados en los Evangelios como simples anécdotas, los despojaría de carácter propio. Son hechos "evangélicos", que contienen un anuncio de salvación para nosotros hoy.

4. Próximamente, a partir del 5 de octubre, se celebrará en Roma, la Asamblea del Sínodo de los Obispos, sobre "*La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*". Encomendemos al Señor sus trabajos. Ansío que subraye el sentido o intención eclesial de todos los dichos de Jesús consignados en los Evangelios, aunque nos duelan. Ello puede ayudar a que su lectura sea más provechosa.

III. El peligro del aburguesamiento espiritual

5. La parábola no dice que el hombre religioso, que cree en Dios desde siempre, esté destinado fatalmente a terminar siendo un incrédulo. Hace, sin embargo, una advertencia seria, pues pinta una situación que se da con frecuencia en el mundo religioso, de la que no siempre se tiene conciencia: el aburguesamiento espiritual.

En un ámbito religioso (cristianos practicantes, grupo apostólico, asociación, movimiento, parroquia, comunidad religiosa, seminario, clero) puede suceder lo que en todo ambiente. En un salón cerrado donde todos fumasen, nadie percibiría la falta de aire puro. Y si alguien pretendiese abrir la ventana, sería acusado de provocar un frío peligroso. Como se está dentro de un ámbito religioso, todos creen que son lo que dicen ser, y no perciben los aspectos no religiosos de sus vidas, ni sienten necesidad del llamado a la conversión. Así sucedió en tiempos de Jesús. Puede suceder también hoy: conmigo, con mi grupo, con mi comunidad.

6. El llamado a la conversión es necesario no sólo al iniciar una vida de fe. Mientras estemos en la tierra, nunca seremos plenamente cristianos. Siempre habrá en nosotros facetas cerradas a la luz de Dios.

Por ello Jesucristo, en el Apocalipsis, formula su llamado a la conversión a las Siete Iglesias que él tanto ama: "*Escribe al Ángel de la Iglesia de Éfeso:... Conozco tus obras, tus trabajos, tu constancia... Pero debo reprocharte que hayas dejado enfriar el amor que tenías al comienzo. Fíjate bien de dónde has caído, conviértete y observa tu conducta anterior. Si no te arrepientes, vendré hacia ti y sacaré tu candelabro de su lugar preeminente*" (Ap 2,1-2.4-5). Por la misma razón, la Iglesia nos formula este llamado al iniciar cada celebración eucarística: "*Hermanos, antes de celebrar los sagrados misterios reconozcamos nuestros pecados*". No pensemos que sea un mero formalismo.

Mons. Carmelo Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia